

Cuando Ella Llegue

AHL9680

Por Rafael Guizado

Ya viene; son las cinco, exactamente, las cinco. Viene por allá, por el sur. Es muy puntual. Es quizá la única mujer puntual que he conocido... y conozco muchas mujeres... las conozco a todas; esa que va allá, es una viuda... lleva uniforme de viuda; y como sé que es una viuda, sé que no tiene marido... ja, ja, cualquiera creería que he dicho una tontería, pues no. He dicho algo muy profundo. No tiene ya marido... y busca otro; por eso camina con esa elegancia, y mira, con insistencia, a los hombres de cierta edad... Las viudas no gustan de la juventud para recetar en el matrimonio, sino para... bueno, no hablemos mal de las viudas...

(Pausa).

Ya viene. Tal vez en ese tranvía; no, en ese no, su casa queda en el sur, y ese tranvía viene del sureste. Es en el otro, quiere decir que llegará dos minutos más tarde... no es nada...

(Pausa).

¡Helena!, nombre dulce... des de que la conocí. Antes, cuando decía: Helena, pensaba en la de Troya, una intrigante y catastrófica mujer que agotó la historia de su época y la de todas las épocas. O pensaba en la opereta de Offembach, o en la isla de Napoleón, o en una perrita que tuvo, mi abuela. En fin, no pensaba en nada bello, armonioso. Pero desde que la conocí... ¡Helena! es un nombre que rima con amor, con bondad, con ternura... con... fidelidad y vejez apacible...

(Pausa).

¡Las cinco y cinco. Si, si, las cinco y cinco. Pero quién me asegura que este reloj no está adelantado? En relación con el de usted, naturalmente. El de ella... "se relójito chiquito, menudito... ¡clau! relójito. Puede ser de mala marca, marca sin garantía, pero de ella... y todo lo suyo es perfecto porque es suyo. En amor no se admiten excepciones. Yo, no se quiere a una mujer por su cara para criticarle el vestido, que se le admiran las manos para apreciar su voz. Todo o nada. ¿querer es oficio demasiado gracioso y delicado para someterlo a los gustos, subdivisiones o caprichos. Helena es su reloj y sus buques rotos y el lápiz de sus labios y el perfume de sus cabellos. La prueba es que cuando pienso en ella, la veo con un vestido azul oscuro, el que tenía a veces, o con un sobretodo de cuadros verdes, el que traerá hoy, en sus medias color carne — las mismas de ayer y de hoy — y siempre me gusta y siempre la quiero.

(Bruscamente).

Qué linda mujer aquélla. ¡Huy! ¡huy! ¡huy, qué cuerpo... y qué ojos! dos ascuas...

(Silbido de admiración).

Tiene un automóvil del modelo más caro... será una millonaria... Es raro: una millonaria bonita... no es justo, las que tienen plata no deben ser bonitas, y viceversa... ¿Qué les quedaría a las pobres, si las ricas fueran a competir con ellas en figura? Qué bien maneja el carro.

(Confidencial).

Pare, señorita, pare, el semáforo está en rojo; si, señorita, tiene que esperar, no importa que sea usted bonita, no importa que tenga millones, no importa que tenga millones y un carro de último modelo; tiene que esperar pacientemente a que el semáforo cambie de color... Ahora sí puede seguir... Ni una mirada para este humilde servidor... Or gullosita la muchacha... como si fuera a perder algo con mirarme.

(Cambio).

Ja, ja, no sabe que tengo la novia más linda del mundo. He'la: ¡Qué misterios los de la vida!... Entre tanta gente, Helena me ha preferido a mí. Hay que ver cuántos hombres pasan por esta esquina; más jóvenes que yo, más inteligentes, más audeces, ilustrados, ricos, con mejor porvenir, mejor vestidos... y a ninguno de ellos ha querido Helena. Y ninguna de las mujeres que por aquí pasan es tan bella, tan adorable, fina, deíctica, tan encantadora, tan elegante...

(Bruscamente).

Allá viene, allá viene, Helena, mi Helena... No, no es ella, me equivoqué. Tal vez se llama Helena, pero no es "mi" Helena... "mi" Helena... la más garantizada, la más exclusiva, la más rotunda

da singularidad. Mía... no tengo que decir: mía sólo... ¿Para qué? Mía, eso basta. Oh, ahora que veo de cerca a la señora con quien la confundí, me da vergüenza... Si ella lo supiera se pondría furiosa... Qué fea es... pobrecita... pero tiene un sobretodo parecido... y puede ser su mamá... es viejísima... ja, ja, qué ocurrencia confundir a Helena con esta venerable abuela...

(Pausa).

Las cinco y diez. (Tose) (Camina y vuelve a su sitio). (Tose de nuevo).

Si son las cinco y diez. Y empiezo a sentir, además de un desasosiego insoportable, la más curiosa e increíble sensación de vergüenza. Como si fuera yo quien está cometiendo una falta, cuando es ella, ella, que debió estar aquí desde las cinco. Tengo la molesta impresión de que todos los que me miran, todos los que pasan por qui se dan cuenta de que estoy esperando a Helena y que Helena no viene, a pesar de haberme prometido ser cumplida, es decir: que Helena se está burlando de mí. Dios mío, aquel señor que camina por el frente, pasó en dirección contraria hace unos ocho minutos, y me mira, y me reconoce... Debe decirse: todavía está ahí ese idiota, no se da cuenta de que la novia lo dejó plantado. Pues no, señor, si Helena no ha llegado es porque alguna circunstancia invencible se lo ha impedido, una visita imprevista, la llamada telefónica imprudente, la recomendación de mamá... tantas cosas... y el mismo tranvía, que no es un modelo de exactitud... No, no me impacientaré, porque la conozco demasiado. Ella vendrá, lo sé, y me dirá las exactas razones que le impidieron ser cumplida... Y vendrá sola... sola... confiada en mí y confiada en sí misma. Porque entre ella y yo hay tantas cosas tan profundas y tan grandes, que nunca estaremos solos mientras más solos estemos. Mi cariño y su orgullo, mi respeto, su señorío y nuestro porvenir, que los dos defendemos con todo vigor, contra nosotros mismos. Todo hombre se siente halagado y ofendido cuando ve a una mujer acompañada de su madre. Halagado, porque es un peligro, ofendido, porque no se le considera caballero.

(Cambio).

No, no compro lotería, muchas gracias, y tengo, mi gracias, no, es inútil que usted me muestre ese número, no me gusta; además, todos los números son iguales.

(Pausa).

Hay que ver las caras de las madres cuando acompañan a las hijas: se sienten guardianas de un tesoro, ¡qué altanería! ¡Qué dignidad hipocrital! Porque, viéndolo bien, hacen un triste papel de comerciantes: exhiben mercancía... "No tome usted, no manosee usted; si le gusta, cómprela; firme este documento ante el señor cura; lo pagará usted a plazos, durante toda su vida... ¿Se la envuelvo?" Porque, eso sí, la entregan envuelta... en un ajuar suntuoso y mentiroso... Al día siguiente del matrimonio hay que salir a comprar alguna cosa que ella no tiene... Siempre le faltará algo...

Cuánta gente; todos los empleados salen de sus oficinas. La calle parece un gran potrero y las bestias de carga, sueltas y libres por unas horas, buscan el merecido esparcimiento, y husmean el pienso siempre igual y siempre bienvenido. A propósito, tengo hambre: es hora de tomar el té, las cinco y cuarto; bueno, esto es grave, uno puede demorarse cinco minutos, diez minutos, catorce minutos, pero un cuarto de hora; no. Un cuarto de hora es ya el momento de otra cosa. Por algo las horas se dividen en cuartos y no en octavos, ni en docenas. Cada cuarto representa una cosa distinta; la atención del hombre se ocupa cada cuarto de hora en algo diferente. Nadie come de un mismo plato durante más de un cuarto de hora, aunque se trate de pescado con espínas. Las mujeres son todas las mismas; Helena, como las otras... No, no es cierto que sea cumplida... la prueba es que no ha llegado. Nada puede disculparla, nada. Si, una cosa, la indiferencia: no me quiere, tuvo un capricho, como todos los caprichos



femeninos: tal vez le diga una frase simpática — que seguramente no era mía — o le gustó mi manera de bailar fox-trot, o el color de mi corbata... cualquier cosa. ¡Quién puede saber por dónde entra al corazón de la mujer el deseo del hombre! Y mientras le duró es impresión, fue cariño, sa y amable conmigo. Pero ya todo acabó. Esa es la triste realidad; paré que voy a forjarme ilusiones inútiles. Si para algo sirve el corazón es precisamente para adivinar las heridas que se le pueden hacer y evitarlas cuando la voluntad no está completamente atrofada por el encogimiento del capricho, o por las tenazas del deseo. Helena, Helena... ya ese nombre me suena a recuerdo... Ah, pero si llegara ahora, cuántas cosas le diría: "No era necesario llegar a esto señorita; nunca enamorado al guño fue más suave, complaciente, sumiso. Si usted no me quería, ha debido decirmelo... hubiera sufrido, como ahora sufro, pero no habría protestado... Ya sé que el sentimiento no a-

cepta lecciones de cálculo ni filosofías. Pero, para qué me comete usted esto, que es — perdóneme que se lo diga — una simple falta de cortesía, de buena crianza... No, no me ponga usted esa cara de ofendida; dejar esperando a un señor, en plena calle, a las cinco y cuarto de la tarde, con un día no muy propicio, con una feroz amenaza de lluvia, sabiendo que hay epidemia de gripa en la ciudad, es una falta de cortesía y de caridad; si, señorita, debo decirselo, todo el amor que le profeso me autoriza a ello; usted perdóne, pero había de ser franco una vez por todas... ¿Quiere usted que la acompañe a su casa... o tal vez prefiera deshacerse de mí cuanto antes?... ¡Quizás hay alguien que se ha brindado a acompañarla y cuya presencia le es más agradable? Es inútil que proteste, para mí todo es ya igual, haga usted lo que quiera, es libre, no tiene conmigo compromiso alguno... Adiós...

Y, puesto que nos vamos a separar ya, sin duda para siempre... soporte usted que le diga una vez más cuánto la he querido... Es increíble lo que representa usted para mí, lo que en tan corto tiempo ha compensado de ilusiones, de ideales, de felicidad... y, si bien se mira, es usted casi una extraña... Hace apenas tres semanas, ignoraba su existencia y usted no sospecha. ¡ba la mía... En veinte tardes he encontrado en sus ojos cuanto deseaba y más de lo que nunca hubier soñado; todos los otros afectos, construidos en años de trato continuo, de pruebas, de alegrías y amarguras, pasaron a segundo término y sólo el que por usted siento tiene una vida de ardor, una amplitud satisfactoria para todas mis ansias íntimas. Ese insaciable deseo de usted, de ti — por última vez le diré así, como también por vez última alimento la engañosa ilusión de creerla mía —, esa promesa de doblegar mi voluntad a tus caprichos porque tus caprichos serían los míos, esa inquietud en tu ausencia y ese sosiego a tu lado, sean cuales fueren las condiciones de mi vida, el estado del tiempo, el color de las mariposas, la dirección del viento, la situación política, las crisis económicas, sea quien fuere el próximo presidente de la república, teniendo yo candidato de todas mis simpatías. Ese olvido de todo, porque tú eres todo. Y ese mezclar incesante de tu nombre y el amor conjugado en presente y en futuro. Ese sentirte mía, aun no siéndolo, ese no querer que lo fueras, mientras llegara el momento de que al ser mía todo el horizonte de mis aspiraciones estuviera colmado de ti. Nadie, nadie, puede quererte de tal manera múltiple, diversa, absoluta y constante, como yo puedo hacerlo.

(Bruscamente).

No, no se enterezca usted, le aseguro que no he pensado representar una burda comedia para reconquistar su corazón que — ahora lo veo — nunca fue mío. Creo en la sinceridad de sus lágrimas, pero el motivo que las ha traído al borde de sus ojos no es el amor... Es... una impresión del momento... Tal vez estuvo patético, en todo caso con-

movido y sincero, y nadie como usted podía comprender lo que yo decía... Borre esas lágrimas... ¿Quiere usted que la acompañe a su casa? Seguiremos siendo amigos... Únicamente... dos migos que tuvieran una historia secreta... ¿Ve usted? Toda la idea de hacer un momento se ha disipado... Siento ahora una mucha tranquilidad, una lúgubre resignación... Creo que nunca estuve más lejos de usted, nunca, ¡ni cuando no la conocía!... No lllore usted, la gente la está mirando, creerán que estoy haciéndole una escena brusca, cuando sólo le digo... lo que debo decirle. Seré por Dios... No, no le permitiré que me hable, no; si lo hiciera, estaría irremediablemente perdido, el tono de su voz es una arma irresistible que desbarataría todos mis argumentos y todas mis razones... Ya sé lo que me va a decir; que estoy forjando un tragedia por un simple retraso involuntario... Pero no es eso... He esperado un cuarto de hora pacientemente, y podría esperar más... He estado muchas veces de pie durante horas enteras, además, este sitio es divertido, se ve pasar mucha gente... y muchas mujeres bonitas... Le brindan a uno lotería, le ofrecen limpiarle el calzado... suenan las campanas, pasan los amigos, corren los tranvías... El vigilante insulta a los choferes, los hombres hablan de política, los niños compran caramelos, el periódico trae mentiras... Todo eso es movido, agradable, distraído... Pero no se trata de eso... Es esa infinita distancia que nos separa, la que me ha abierto los ojos y hecho comprender la mentira de su cariño... Esa diferencia absoluta de preocupaciones... Esa opaca dirección de nuestros pensamientos, el mío tendido hacia usted, como una esperanza; el suyo, variable, móvil, inquieto, como la imagen de la despreciable cupación... No más engaños... Es un juego peligroso, a fuerza de engañarnos mutuamente, se engañaría cada uno a sí mismo, y caeríamos en la desgracia de creer en un amor que no existe. Perdón, existe de mi parte pero no de la suya, y el amor completo es siempre par. Permitame que encienda un cigarrillo, estoy algo nervioso... Ja, ja... Ah, no tengo cigarrillos, voy a comprar allí un paquete, perdóneme un instante... Pero no, ¡y si ella viene mientras estoy en la tienda?... ¿Cómo hago?... Tengo muchos deseos de fumar... ¿Por qué no venderán cigarrillos por la calle, como revistas, como dulces, como cordones para los zapatos?... ¿Y qué importancia que venga? Mejor si no me encuentra... Tendrá que esperar un poco... No le sentaría mal... ¡Bastante he esperado yo!... Me voy, la dignidad me lo manda, es ridículo permanecer aquí de pies, pendiente de una mujer que no quiere llegar... porque no quiere venir... eso es evidente... evidente... Y todavía trato de engañarme... Siento algo muy profundo que me dice: ¡espéral...! Pues, no, no esperaré. Ella le habló a otro hombre... el que yo era cuando llegué aquí, hace ya más de un cuarto de hora... Ese hombre que no había tenido tiempo para pensar en cosas tan graves como las que yo me he dicho a hora... ¡Bah! Mujeres hay tantas, tan bellas... Por aquí pasan, como en un desfile de musas... Voy a fijarme en todas para no ver a ninguna.

(Pausa).

¡Qué hago aquí?... Pues... me distraigo; ¡caso no es costumbre de todos, en esta ciudad, disfrutar del espectáculo de la calle, desde una esquina estratégica?... Haber perdido veinte minutos pensando en una... cuando han pasado ante mí miles y miles... Qué tonto soy.

Como espera a Helena en dirección sur, en todo tiempo ha estado mirando en ese sentido, pero ella llega, sonriente y presurosa, por el norte. Viste el sobre todo de cuadros verdes. Se acerca a él, con mucho tiento, y se agarra a su brazo, con la más deliciosa familiaridad; él torna rápidamente la cabeza, y al verla.

EL

—¡Ah! ¡Amor mío! ¡Mi vida!... Llegamos casi al mismo tiempo... ¿Vamos a tomar el té?... Pero antes espera un momento... aquí, a mi lado... quiero que la gente vea que sí has venido.

CALCETINES PREMIER

Estos se venden como extranjeros! No se deje engañar!

Están contramarcados por Popalpa. No obstante, muchas veces los venden como extranjeros por su altísima calidad, que en la mayoría de los casos, los hace superiores a los importados.

EXIJA PREMIER y PREMIER JUNIOR de Popalpa Su media por muchas razones.